

Alexandra Torres García  
201923249

### Siete años de ausencia



Un tejido de lana virgen se expande por la pared y termina envolviendo parte de mi cama. Entre la lana virgen y las variaciones en fique, se asoman garabatos hechos en papel de fibras de flores. Alrededor del tejido se observan una serie de autorretratos elaborados en pasteles secos sobre papel fique y, del cielo cuelgan una recopilación de sueños que he tenido en los últimos siete años, estos también están elaborados en papel de flores. Aunque las cuatro piezas pueden parecer disímiles entre sí, al ser analizadas a partir de su materialidad, estos se comportan como una unidad, se complementan y enriquecen. Por ejemplo, a pesar de la variedad textil

en el cual presentan distintas perspectivas emocionales de mi proceso de duelo, tales como el dolor, el miedo, el sentimiento de pérdida (del sentido, de la identidad), pero también de emociones tales como la tranquilidad, la aceptación y el olvido.

#### I. Antes de su partida

Piensas que nunca te va a pasar, imposible que te suceda a ti, que eres la única persona del mundo a quien jamás ocurrirán esas cosas, y entonces, una por una, empiezan a pasarte todas, igual que le suceden a cualquier otro.

Paul Auster

A mi madre le diagnosticaron cáncer cuando yo tenía ocho años. Para aquel entonces no era muy consciente de lo significaba la enfermedad, ni la muerte. Pero, con el paso del

tiempo y, con la llegada de una nueva cotidianidad, comprendí que el tiempo que le quedaba a mi madre era cada vez más corto. Sin embargo, era incapaz de interiorizar o aceptar esta verdad. Era absurdo que mi mamá, una mujer tan activa –cuya vitalidad se veía reflejada en su asombrosa fortaleza física y mental–, se viese reducida por la enfermedad y su tratamiento. Durante esos primeros años, en mi interior se fueron acumulando el miedo, la tristeza y la ira. Una parte de mí se negaba a aceptar que mi madre, de entre todas las personas, hubiera desarrollado esa enfermedad. Me preguntaba por qué de todo mi entorno escolar era la única que tenía que lidiar con ese constante temor. Con el paso de los años, me fui enterando que los padres de varios de mis compañeros también padecían enfermedades crónicas y, en varias ocasiones, me preguntaba cómo estos niños podían vivir su cotidianidad con tanta alegría cuando yo me asfixiaba en un silencioso miedo.

Un año después del diagnóstico de mi mamá, mis padres se separaron. Al principio me hacía feliz la idea de tener dos hogares y recibir doble regalo en mi cumpleaños y en navidad. En las múltiples conversaciones que mis familiares me dieron, todos me aseguraban que, aunque podía llegar a ser doloroso dejar de vivir con ambos progenitores, las cosas iban a mejorar. A mí nunca me dolió que se separaran, pero me lastimaban las condiciones de divorcio que mi mamá había impuesto, ya que solo podía ver a mi papá cada quince días durante el fin de semana. Mi yo de nueve años deseaba compartir tiempo con ambos, poder estar con ellos de manera igualitaria, pero mi mamá siempre se negó a aceptar mis peticiones.

Entonces, (re)conocí otra faceta de ella. En interior su alzaban las llamas de un profundo odio hacia mi papá, las cuales también me quemaban a mí. Impulsada por sus emociones reactivas, mi mamá se encargó de crear una campaña de difamación tan fuerte en contra de mi padre, que no solo provocó que él perdiese a la mayoría de sus amistades, sino que también fuese despedido súbitamente de varios de sus empleos.

Empecé a odiar salir a caminar con mi mamá, puesto que cuando nos encontrábamos con algún conocido de la familia, ella no perdía la oportunidad de distorsionar la imagen de mi papá. Si bien no voy a reproducir el discurso de odio que ella divulgaba, las pocas veces que yo intentaba desmentirla ella me acusaba de mentirosa y en casa me golpeaba por haberla hecho quedar mal. Creo que mi resistencia a creer en el falaz discurso de mi mamá hizo que nuestra relación se resquebrajara en poco tiempo, dejé de hablar con ella y cuando lo hacía era de forma monosilábica, robótica. Bajo estas circunstancias, construí una faceta inexpresiva y distante emocionalmente. Ahora sé que esto a ella le debió haber dolido bastante, pero su forma de mostrarme su dolor, descontento y miedo era hiriéndome. Hasta pocos meses antes de su partida ella me repetía que, en comparación de mi hermana, yo era incapaz de hacer las cosas bien, que nunca había sido un apoyo para ella sino una carga. Pero, frente a sus mordaces palabras sus acciones la contradecían, ella siempre se preocupó por expandir mis horizontes y cultivarme desde distintos ámbitos. Los recuerdos y las experiencias que tuve en las clases particulares de pintura, de música, los viajes, el que me hiciera partícipe de su proceso de sanación o que me asegurara después de su partida, es algo que aprecio y valoro inmensamente.

Amo profundamente a mi madre, amo las oportunidades y experiencias que ella me brindó, amo que incluso después de muerta ella esté velando por mí, pero también cargo con las heridas que ella me produjo.

II. Quiebre: 24 de noviembre

Ayer le diagnosticaron cáncer a mi tía Luz Marina, el panorama no es muy alentador. Después de siete años vuelvo a tener el mismo sentimiento de miedo. Me pregunto cuánto tiempo mi tía podrá convivir con su enfermedad. Siento dolor por mi tía, el sufrimiento que implica la enfermedad y las terapias son una carga muy pesada. Intento frenar mis pensamientos una y otra vez, no quiero pensar, no quiero imaginarme un mundo sin mi tía. Mi papá es el más afectado por la noticia, me duele verlo tan frágil y asustado.

Inevitablemente, se vienen imágenes del proceso de mi mamá, de sus dolores, de su debilidad, de su quietud en los últimos días, de los quejidos y de la impotencia. Los últimos recuerdos que tengo de ella se reducen a un llanto mudo, su vida se escapaba frente a mis ojos y el temor me paralizaba. La salud de mi mamá se fue en picado pocos días después de mi cumpleaños. Le costaba levantarse de la cama y el dolor la consumía, en la noche mi hermana llamó a una ambulancia. No fui capaz de despedirme de ella, ni de visitarla en el hospital. Todavía me arrepiento de no haber tenido el valor para hacerlo.

Era una tarde calurosa de jueves y acababa de regresar del colegio. Paloma me esperaba en la sala, me dijo que iba a llevarle ropa de cambio a la mamá, me preguntó si deseaba acompañarla. No quise ir, al día siguiente tenía un examen de matemáticas, me convencí de que lo mejor era visitarla cuando no estuviera agobiada por las ecuaciones de segundo grado. Antes de irse mi hermana me dijo que independientemente de lo que pasara no me arrepintiera.

En las tres horas que estuve sola, al retorno de Paloma, recuerdo llorar mientras estudiaba.